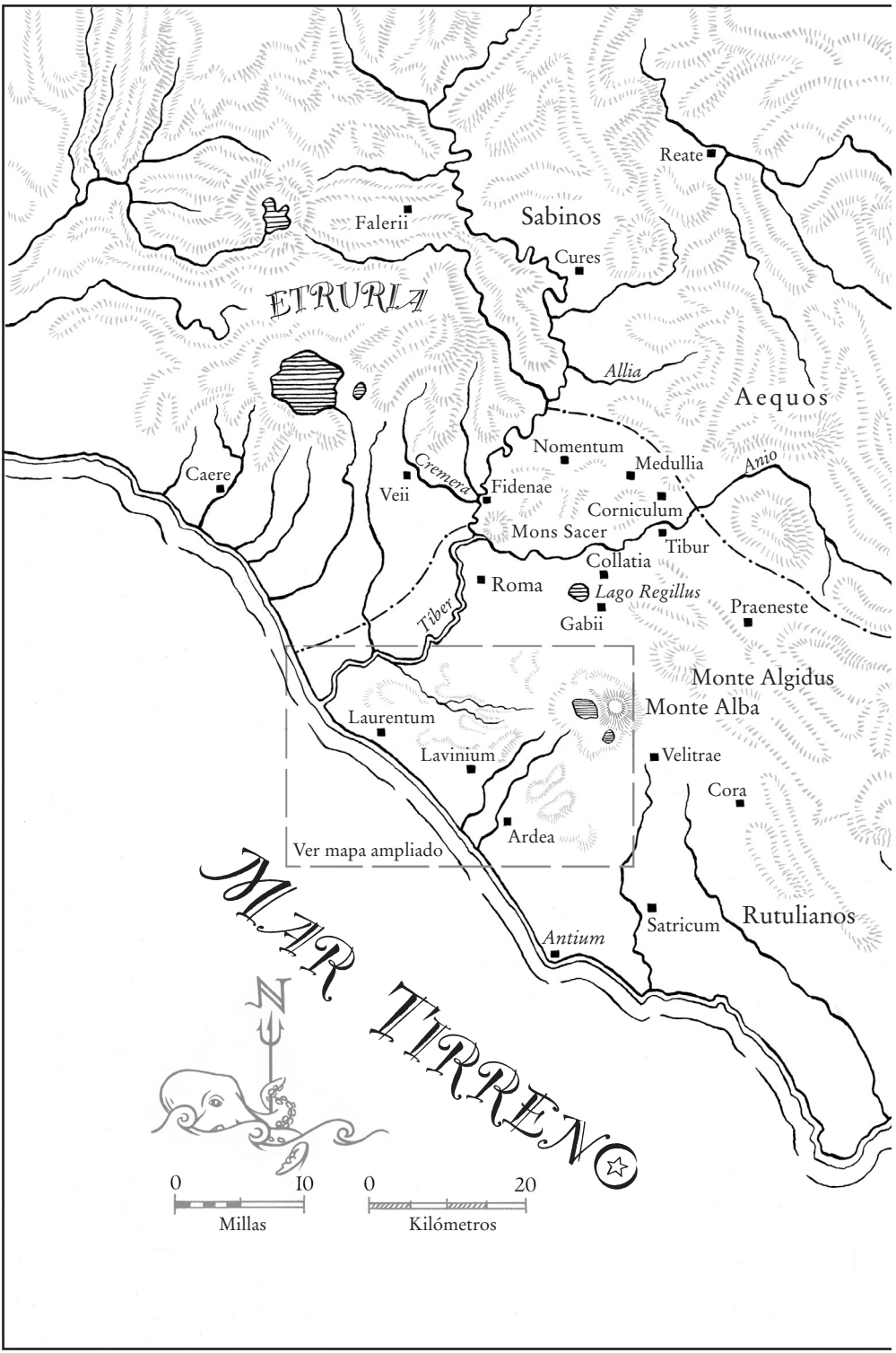
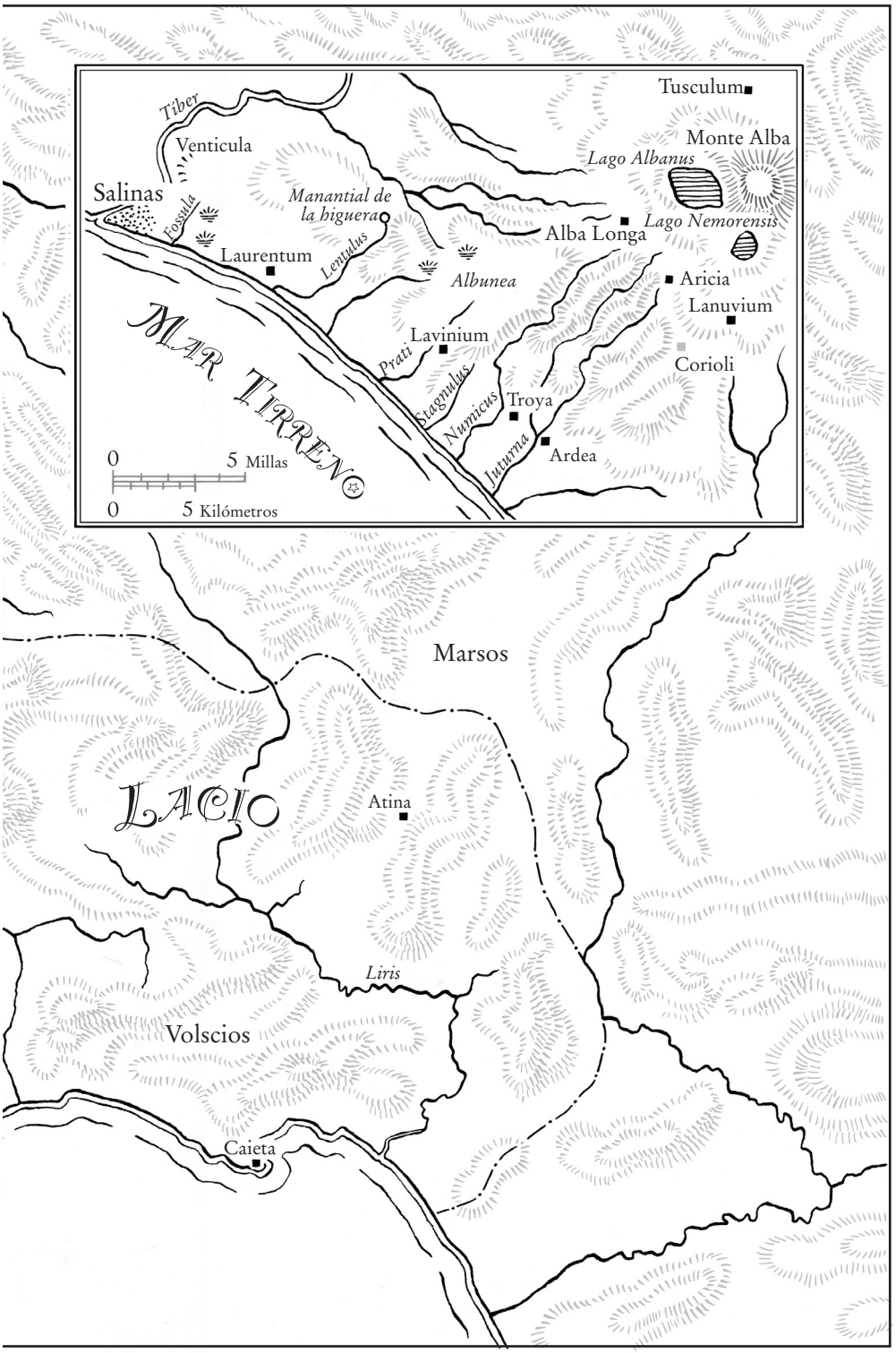
Sola domum et tantas servabat filia sedes,
iam matura viro, iam plenis nubilis annis.
Multi illam magno e Latio totaque petebant
Ausonia...

Una sola hija, madura para un hombre,
en edad de contraer matrimonio, gobernaba
la gran casa. Muchos desde el ancho Lacio y
de toda Ausonia acudían para cortejarla...


Reate
Falerii
Sabinos
Cures
ETRURIA
Allia
Aequos
Nomentum
Medullia
Anio
Caere
Veii
Cremera
Fidenae
Corniculum
Mons Sacer
Tibur
Collatia
Roma
Lago Regillus
Tiber
Gabii
Praeneste
Monte Algidus
Monte Alba
Laurentum
Lavinium
Velitrae
Cora
Ardea
Ver mapa ampliado
MAR TIRRENO
Antium
Satricum
Rutulianos
N
0
10
Millas
0
20
Kilómetros


Tusculum
Tiber
Venticula
Monte Alba
Lago Albanus
Salinas
Fossula
Manantial de la higuera
Lago Nemorensis
Alba Longa
Laurentum
Lentulus
Albunea
Aricia
Lanuvium
MAR TIRRENO
Lavinium
Prati
Corioli
Stagnulus
Troya
Numicus
Ardea
Juturna
0
5 Millas
0
5 Kilómetros
Marsos
LACIO
Atina
Liris
Volscios
Caieta

En mayo de mi decimonoveno año fui a las salinas de la desembocadura del río a buscar sal para el banquete sagrado. Tita y Maruna vinieron conmigo, y mi padre envió un viejo esclavo de la casa y a un muchacho con un burro para transportar la sal. Sólo hay unos pocos kilómetros hasta la costa, pero aprovechamos para hacer una pequeña acampada nocturna. Cargamos al pobre animalillo de comida y, al finalizar el día, montamos el campamento sobre una duna cubierta de hierba, frente a las playas del río y del mar. Los cinco cenamos alrededor del fuego, contando historias y cantando canciones mientras el sol se ponía sobre el mar y el crepúsculo de mayo se tornaba cada vez más azulado. Luego dormimos bajo la brisa marina.

Desperté con las primeras luces. Los demás seguían profundamente dormidos. Las aves apenas habían comenzado con sus coros matutinos. Me levanté y bajé hasta la desembocadura. Recogí un poco de agua y la dejé caer como ofrenda antes de beber mientras pronunciaba el nombre del río, Tíber, padre Tíber, así como sus nombres antiguos y secretos, Albu y Rumon. Luego bebí y me gustó el sabor un poco salado del agua. El cielo se había iluminado ya lo bastante como para ver las alargadas y rectas olas que se levantaban allí donde la corriente se encontraba con la marea.

Más allá, en el mar en penumbra, avisté unas naves, una hilera de grandes naves negras que, aproximándose desde el sur, viraban y ponían rumbo a la desembocadura. A cada lado

de cada nave, una larga fila de remos se levantaba y batía las aguas al ritmo de un aleteo en la oscuridad.

Una tras otra, las naves arrostraron el oleaje de frente, subiendo y bajando; una tras otra, siguieron aproximándose en línea recta. Sus triples mascarones de proa, largos y arqueados, eran de bronce. Me acurruqué junto a las aguas, sobre el lodo salino. El primer barco penetró en el río y pasó a mi lado, oscuro sobre mí, impulsado sin descanso por el pesado y suave batir de los remos en el agua. Los rostros de los remeros estaban ocultos por las sombras, pero había un hombre en pie sobre la elevada popa de la nave, con la mirada al frente.

Su rostro era severo, pero franco. Observaba la oscuridad mientras rezaba. Sabía quién era.

Cuando al fin, con aquel suave y laborioso batir de los remos, hubo pasado a mi lado el último de los barcos y se perdió en los bosques que crecen tupidos a ambas orillas, los pájaros ya cantaban por todas partes y el cielo empezaba a iluminarse sobre las colinas del este. Regresé a nuestro campamento. No había nadie despierto; los barcos habían pasado a su lado mientras dormían. No les conté lo que había visto. Bajamos a las salinas y recogimos la materia viscosa y grisácea en cantidad suficiente para extraer la sal de todo un año, la cargamos en las canastas del burro y marchamos de regreso a casa. Esta vez no dejé que mis compañeros de viaje se demoraran, y aunque protestaron y holgazanearon un poco, estábamos allí bastante antes del mediodía.

Fui en busca del rey y le dije:

–Una gran flota de naves de guerra se ha adentrado en el río esta mañana, padre.

Me miró. Su rostro estaba triste.

–Qué pronto –fue su única respuesta.

Sé quién fui, y puedo decirte quién podría haber sido yo, pero ahora sólo estoy en esta línea de palabras que escribo. No estoy muy segura de la naturaleza de mi existencia y me asombra encontrarme escribiendo. Hablo latín, claro, pero ¿aprendí a escribirlo? No parece muy probable. Sin duda existió alguien con mi nombre, Lavinia, pero podría haber sido tan diferente de la idea que yo misma tengo sobre mí, o de la idea de mi poeta sobre mí, que pensar en ella sólo me confunde. Hasta donde yo sé, fue mi poeta el que me otorgó realidad. Antes de él, sólo era la más nebulosa de las figuras, poco más que un nombre en una genealogía. Fue él quien me dio la vida, quien me dio a mí misma, y de este modo me capacitó para recordar mi vida y recordarme a mí. Y lo hago con viveza, con emociones y sentimientos que percibo con intensidad a medida que los pongo por escrito, puede que porque lo que recuerdo sólo cobra existencia a medida que lo escribo, o lo hiciera sólo a medida que lo escribía él.

Pero él no lo escribió. Él menospreció mi vida en su poema. Me desatendió, porque sólo llegó a saber quién era cuando estaba agonizando. No se le puede culpar por ello. Era demasiado tarde para hacer modificaciones, para volver a pensarlo todo, para completar las líneas incompletas y perfeccionar una obra que él creía imperfecta. Es algo que lamentó, lo sé. Lo lamentó por mí. Puede que allí donde está ahora, allá abajo, en la otra orilla de los ríos oscuros, alguien le diga que Lavinia también lo lamentó por él.

No moriré. Estoy prácticamente segura de ello. Mi vida es demasiado fortuita como para desembocar en algo tan absoluto como la muerte. Carezco de la necesaria mortalidad real. Sin duda, me iré disolviendo hasta desaparecer y perderme en el olvido, como habría hecho ya hace mucho de no haberme invocado el poeta. Puede que me convierta en un falso sueño, adherido como un murciélago al reverso de las hojas del árbol que hay en la puerta del inframundo, o en una lechuza que revoloteará entre los oscuros robles de Albunea. Pero no tendré que arrancarme de la vida y descender a la oscuridad como lo hizo él, pobre desgraciado, primero en su imaginación y luego como fantasma. Cada uno de nosotros tiene que soportar la otra vida a su manera, me dijo en una ocasión, o al menos esto es lo que yo entendí en sus palabras. Pero ese sombrío vagabundeo, allá en el inframundo, esperando al olvido o al renacer... Eso no es existir de verdad, no es ni la mitad de existencia que ésta que llevo ahora mientras escribo esto que estáis leyendo, y no es ni la mitad de veraz que sus palabras, las espléndidas y vívidas palabras en las que he vivido durante siglos.

Y, sin embargo, mi papel en todo ello, la vida que me dio en su poema, es tan aburrido –salvo en el momento en que se me prende el cabello–, tan monótono –salvo cuando mis mejillas de doncella enrojecen como el marfil pintado con tinte carmesí–, tan convencional, que ya no puedo seguir soportándolo. Si he de pervivir siglo tras siglo, al menos por una vez tendré que romper el silencio y hablar. Él no me dejó decir una sola palabra, así que habré de arrebatársela. Me dio una vida larga, pero pequeña. Necesito espacio, necesito aire. Mi alma tiende los brazos hacia los antiguos bosques de mi Italia, hacia las colinas bañadas por el sol, hacia los vientos del cisne y del cuervo agorero. Mi madre estaba loca, pero yo no. Mi padre era viejo, pero yo era joven. Como la espartana Helena, provoqué una guerra. Ella lo hizo dejando que la tomaran los hombres que la deseaban. Yo, no dejándome

dar ni dejándome tomar, sino eligiendo a mi hombre y mi destino. El hombre era famoso, pero el destino quedó en la oscuridad. No es mal balance.

Aun así, a veces creo que debo de estar muerta hace tiempo y que escribo este relato desde alguna región del inframundo cuya existencia desconocíamos, un lugar ilusorio en el que creemos estar vivos, en el que creemos estar envejeciendo y recordar lo que nos sucedió cuando éramos jóvenes, cuando vimos el enjambre de abejas y se me prendió fuego en el cabello, cuando llegaron los troyanos. Después de todo, ¿cómo es posible que habláramos unos con otros? Recuerdo a los extranjeros llegados desde el otro lado del mundo, remontando el Tíber en dirección a un país del que no sabían nada. Su emisario llegó a la casa de mi padre, le explicó que era troyano y tuvo con él unas amables palabras en un fluido latín. ¿Cómo es posible? ¿Es que acaso conocemos todas las lenguas? Eso sólo les ocurre a los muertos, cuya tierra se encuentra más allá de todas las demás tierras. ¿Cómo podéis entenderme vosotros, si viví hace veinticinco o treinta siglos? ¿Acaso sabéis latín?

Pero entonces pienso que no, que no tiene nada que ver con estar muerta. No es la muerte lo que nos permite entendernos, sino la poesía.

Si me hubierais conocido cuando era una muchacha, en mi casa, tal vez habríais pensado que el sucinto retrato realizado por mi poeta, esbozado como con un alfiler de bronce sobre una tablilla de cera, era bastante atinado: una niña, la hija de un rey, una virgen en edad de casarse, casta, silenciosa, obediente, preparada para someterse a la voluntad de un hombre como un campo en primavera al arado.

Yo nunca he arado, pero me he pasado toda la vida viendo a nuestros granjeros: el gran buey blanco tirando en el yugo, el hombre que aferra las alargadas asas de madera, que se

encabritan mientras trata de hundir la reja en un suelo que parece manso y dócil y en realidad está duro y cerrado. Emplea todas sus fuerzas para abrir un arañazo lo bastante profundo para contener la semilla de cebada. Se afana hasta que está jadeante y tembloroso de agotamiento y no desea más que tenderse en el surco y dormir sobre el pecho de su madre, entre las piedras. Yo nunca tuve que arar, pero también tuve madre. La tierra acoge al granjero en sus brazos y lo lleva a un sueño que está más hondo que la semilla de cebada, pero mi madre no guardaba abrazos para mí.

Yo era silenciosa y mansa porque si hablaba, si demostraba mi voluntad, ella me recordaba que no era uno de mis hermanos y eso me hacía sufrir. Tenía seis años cuando murieron el pequeño Latino y el bebé, Lauren. Habían sido mis queridos muñequitos. Jugaba con ellos, los adoraba. Mi madre, Amata, nos observaba con una sonrisa en los labios mientras el huso subía y bajaba entre sus dedos. No nos dejaba con la niñera, Vestina, ni con las demás mujeres, como podría haber hecho una reina, sino que pasaba todo el día con nosotros por amor. A menudo nos cantaba mientras jugábamos. A veces dejaba de tejer y se ponía en pie de un salto, nos cogía a Latino y a mí de las manos y bailábamos riendo. «Mis guerreros» llamaba a los niños, y yo pensaba que también se refería a mí, porque se alegraba muchísimo al decirlo y su felicidad era la nuestra.

Caímos enfermos: primero el bebé, luego Latino, con su cara redonda, sus grandes orejas y sus ojos claros, y luego yo. Recuerdo los extraños sueños de la fiebre. Mi abuelo, el pájaro carpintero, volaba hasta mí, me picoteaba en la cabeza y yo lloraba de dolor. Al cabo de un mes, más o menos, mejoré y me recuperé, pero la fiebre de los niños no hacía más que remitir y regresar, remitir y regresar. Estaban cada vez más consumidos, pero entonces pareció que iban a recuperarse. Lauren succionaba con avidez los pechos de mi madre y Latino abandonó la cama para jugar conmigo. Al

poco tiempo, la fiebre regresó y se los llevó. Una tarde, a Latino le dieron convulsiones. La fiebre era como un perro que zarandea una rata hasta matarla, y lo zarandeó a él hasta matarlo, al príncipe heredero, a la esperanza del Lacio, a mi compañero de juegos, a mi querido hermano. Aquella noche, el bebé se durmió plácidamente. Tenía la fiebre baja. A la mañana siguiente expiró entre mis brazos con un jadeo y un estremecimiento, como un gatito. Y mi madre enloqueció de tristeza.

Mi padre nunca entendió que se había vuelto loca.

Sentía una amarga pena por sus hijos. Era un hombre de buenos sentimientos y los niños habían sido, como para todos los hombres, su promesa de posteridad. Lloró por ellos, primero en voz alta, y luego, durante largo tiempo, en silencio, años y años. Pero al menos tenía el solaz de sus deberes como rey, y los ritos que debía realizar, el consuelo de los rituales repetidos, el consuelo de los espíritus ancestrales de su casa. Y también me tenía a mí, porque yo realizaba los ritos con él, como buena hija de rey. Y además me amaba profundamente, como primera hija suya, como su hija tardía. Pues era mucho mayor que mi madre.

Amata tenía dieciocho años cuando se casaron y él cuarenta. Era una princesa de los rutulianos de Ardea y él era el rey de todo el Lacio. Ella era hermosa, apasionada y joven; él, un hombre en la cúspide de sus facultades, bello y fuerte, un guerrero victorioso que amaba la paz. Fue un enlace que podría haber dado grandes frutos.

No la culpó por la muerte de los niños. No me culpó a mí por no haber muerto. Aceptó la pérdida y depositó sobre mí las esperanzas que aún le quedaban a su corazón. Siguió adelante, más cano y amargado cada año, pero nunca cruel y nunca débil, salvo en una cosa: dejaba que mi madre hiciera su voluntad, apartaba la mirada cuando ella actuaba como una caprichosa y guardaba silencio cuando hablaba como una loca.

Para la atroz pena de Amata no había respuesta humana. No le quedaba más que un marido que no podía entenderla ni hablar con ella, una hija de seis años que sólo sabía llorar y un montón de mujeres miserables y aterrorizadas que tenían miedo, como siempre les ocurre a los criados y a los esclavos, de que se las culpara por la muerte de los niños.

Para él sólo tenía desprecio; para mí, rabia.

Recuerdo cada una de las veces que toqué la mano o el cuerpo de mi madre, o que ella tocó el mío, después de la muerte de mis hermanos. No volvió a dormir en la cama donde mi padre y ella nos habían concebido.

Tras pasar varios años sin salir de su cuarto, reapareció sin muchos cambios aparentes, aún espléndida, con su brillante cabello negro, su rostro de color crema y su porte orgulloso. Su comportamiento en sociedad siempre había sido un poco distante y altanero; desempeñaba el papel de reina entre plebeyos y a mí me maravillaba lo diferente que era con los hombres que abarrotaban la casa del rey que con nosotros, sus hijos, con quienes tejía, cantaba, reía y bailaba. Con la gente de la casa, sus maneras siempre habían sido autoritarias, severas y coléricas, pero ellos la querían porque sabían que no albergaba mal alguno. Ahora se mostraba casi siempre fría con todos, calmada. Pero cuando yo hablaba, o cuando lo hacía mi padre, a menudo veía el espasmo de la aversión en su cara, la furia desolada y desdeñosa justo antes de que apartara la mirada.

Llevaba al cuello las *bullas* de los niños, las bolsitas con el pequeño falo de arcilla en su interior, amuletos de protección y buena suerte. Las ocultaba en cápsulas de oro, escondidas debajo de la ropa. Nunca se las quitaba.

La furia que ocultaba en sociedad solía brotar en el ala femenina de la casa bajo la forma de una irritación feroz dirigida hacia mí. El mote cariñoso por el que mucha gente se dirigía a mí, «pequeña reina», la fastidiaba especialmente, así que no tardó mucho tiempo en desaparecer. No me hablaba

con frecuencia, pero cuando hacía algo que la molestaba, se volvía hacia mí de repente y me decía con voz dura y monótona que era tonta, fea y estúpidamente tímida.

–Me tienes miedo. Odio a los cobardes –solía decir.

A veces, mi mera presencia la hacía enfurecer. Me pegaba o me zarandeaba hasta que la cabeza se me movía violentamente de adelante atrás. En una ocasión, la rabia la llevó a arañarme la cara. Vestina me la quitó de encima, se la llevó a su cuarto y la tranquilizó, antes de volver corriendo para lavarme los largos y sanguinolentos arañazos que me recorrían las mejillas. Yo estaba demasiado aturdida como para llorar, pero Vestina lo hizo por mí mientras me aplicaba un bálsamo sobre las heridas.

–No dejarán marca –me dijo entre lágrimas–. Estoy segura de que no dejarán marca.

La voz de mi madre llegó calmada desde su habitación, donde aún seguía tendida.

–Bien.

Vestina me dijo que les contara a todos que me había arañado un gato. Cuando me vio mi padre y exigió saber qué había pasado, le dije:

–Me ha arañado el viejo gato de Silvia. Lo tenía en brazos cuando ha entrado un perro y se ha asustado. No ha sido culpa suya.

Casi llegué a creerme yo misma la historia, como hacen los niños, y la adorné con toda clase de detalles y circunstancias, como por ejemplo que me encontraba sola cuando ocurrió, en el robledal que había junto a la granja de Tirro, y recorrí corriendo todo el camino hasta la casa. Repetí que no era culpa de Silvia ni del gato. No quería que les pasara nada a ninguno de ellos. Los reyes son rápidos en el castigo. Es algo que alivia su ansiedad. Silvia era mi mejor amiga y mi compañera de juegos y la vieja gata de la granja tenía una camada de gatitos que se morirían sin ella. Así que los arañazos tenían que ser culpa mía. Y Vestina tenía razón: el bálsamo

de consuelda era muy bueno. A las alargadas estrías rojas les salió primero una costra y finalmente terminaron por curarse sin dejar tras de sí más que una fina y plateada línea en el pómulo izquierdo, debajo del ojo. Llega un día en que Eneas la recorre con el dedo y me pregunta qué es.

–Me arañó una gata –le digo–. La tenía en brazos y un perro la asustó.

Sé que habrá reyes mucho más grandes, de reinos mucho más grandes, que Latino del Lacio, mi padre. Río arriba, en las siete colinas, había dos plazas fortificadas con paredes de adobe, Janiculum y Saturnia. Luego llegaron unos colonos griegos, reconstruyeron el asentamiento de la ladera y bautizaron como Pallanteum a este pueblo y su fuerte. Mi poeta trató de describirme el lugar, pues lo conoció estando vivo, o lo conocerá cuando viva, debería decir, puesto que, aunque estaba muriendo cuando estuvimos juntos, y ya lleva mucho tiempo muerto, aún no ha nacido. Aún no me ha olvidado, pero lo hará cuando al fin le llegue la hora de nacer, tras cruzar a nado las aguas lechosas. Cuando me imagine por primera vez no sabrá que va a conocerme en el bosque de Albunea. En cualquier caso, me contó que, en un tiempo futuro, el lugar que ocupa ahora la aldea, las siete colinas y los valles que las separan y las orillas de todos los ríos, estarán cubiertos a lo largo de varios kilómetros por una ciudad imposible de imaginar. En las colinas habrá templos de mármol recubierto de oro espléndido, amplios portones e innumerables estatuas de mármol y bronce. Más gente pasará por el foro de esa ciudad en un solo día, me dijo, de la que veré yo en todas las aldeas y granjas, en todos los caminos, en todos los festivales y todos los campos de batalla del Lacio durante toda mi vida. El rey de esa ciudad será el monarca más grande del mundo, tan grande, de hecho, que desdeñará el nombre de rey y sólo querrá ser conocido como un ser en-

grandecido por el poder sagrado, el augusto. Todos los pueblos de la tierra se inclinarán ante él y le llevarán tributos. Yo lo creo, pues sé que mi poeta siempre dice la verdad, aunque no necesariamente toda. Ni siquiera un poeta puede decir toda la verdad.

Pero en mi juventud, su gran ciudad no era más que un pequeño y tosco pueblecillo levantado sobre la ladera de una colina rocosa repleta de cuevas y tapizada de densa maleza. Una vez la visité con mi padre, tras un día de navegación por el río con viento del oeste. Su rey, Evandro, un aliado nuestro, era un exiliado griego que también tuvo dificultades en nuestra tierra, pues había matado a un invitado. Razones para hacerlo no le faltaban, pero nuestro pueblo no olvida esa clase de cosas. Agradecido a la ayuda de mi padre, hizo cuanto estuvo en su mano para comportarse como un buen anfitrión, pero vivía más humildemente que nuestros campesinos acaudalados. Pallanteum era una empalizada oscura, encajonada bajo unos árboles, entre el amplio y amarillento río y las colinas boscosas. Nos ofrecieron un banquete, claro está, a base de carnes de ternera y de venado, pero servidas de una manera extraña: tuvimos que sentarnos en unos bancos a pequeñas mesas, en lugar de reunirnos todos alrededor de una más alargada. Así comían los griegos. Y no tenían el pan y la sal sagrados en la mesa. Eso me preocupó durante todo el banquete.

El hijo de Evandro, Pallas, un agradable muchacho que tenía más o menos mi edad, once o doce años por entonces, me contó una historia sobre un enorme hombre animal que vivía en las cuevas y salía al anochecer para robar ganado y despedazar a la gente. Sólo se dejaba ver en raras ocasiones, pero sus huellas eran muy grandes. Un héroe griego llamado Ercles vino y acabó con su vida. ¿Cómo se llamaba?, pregunté, y Pallas me dijo que Cacus. Yo sabía que eso significaba «señor del fuego», es decir, el jefe de un asentamiento tribal que mantenía viva a Vesta para su pueblo con la ayuda

de sus hijas, como hacía mi padre. Pero no quería contradecir la historia de los griegos sobre un hombre bestia, que era más emocionante que la mía.

Pallas me preguntó si me gustaría ver el cubil de una loba y, cuando le dije que sí, me llevó a una cueva llamada la Lupercal, bastante cerca del pueblo. Estaba consagrada a Pan, me dijo, que al parecer era como los griegos llamaban a nuestro abuelo Fauno. Sea como fuere, los pobladores habían dejado tranquila a la loba y a sus cachorros y ella los dejó tranquilos a ellos. Ni siquiera hizo daño nunca a los perros, a pesar de que los lobos los aborrecen. Había ganado de sobra para ella en esas colinas. En primavera, de vez en cuando, se llevaba un cordero. Ellos lo consideraban un sacrificio, así que cuando no lo hacía, le sacrificaban un perro. Su pareja había desaparecido el pasado invierno.

Puede que no fuera la mejor idea del mundo que dos niños se plantaran en la entrada de su cubil, porque tenía lobeznos y estaba dentro. La cueva despedía un olor muy fuerte. El interior estaba muy oscuro y silencioso. Pero al acostumbrarme a la penumbra pude ver las dos pequeñas e inmóviles brasas que eran sus ojos. Estaba allí, entre sus hijos y nosotros.

Pallas y yo retrocedimos lentamente, sin apartar la mirada un instante de sus ojos. Yo no quería irme, a pesar de saber que debía hacerlo. Finalmente me volví y seguí a Pallas, aunque despacio, mirando con frecuencia para ver si la loba salía de su casa y se detenía allí, siniestra y con las patas tensas, la amante madre, la fiera reina.

En aquella visita a las siete colinas comprobé que mi padre era un rey mucho más grande que Evandro. Más tarde descubrí que era más poderoso que cualquiera de los reyes del oeste de su tiempo, aunque su poder no sería nada en comparación con el del gran augusto destinado a llegar. Había establecido con firmeza los cimientos de su reino guerreando y defendiendo sus fronteras antes de que yo naciera. Durante mi infancia

no hubo guerras. Fue un largo período de paz. Como es natural, hubo disputas y batallas entre los granjeros y a lo largo de las fronteras. Aquí, en el oeste, somos un pueblo duro y áspero, hecho de roble, según dicen; de temperamentos propensos a inflamarse y con las armas siempre a mano. De tanto en cuanto, mi padre tenía que intervenir para sofocar una reyerta rústica que se había caldeado demasiado o se había propagado demasiado de prisa. Marte vive en los campos de cultivo y en sus lindes. Si había algún problema, Latino convocaba a sus granjeros desde sus campos y ellos acudían con las viejas espadas de bronce y los escudos de cuero de sus padres, preparados para luchar hasta la muerte por él. Una vez solucionado el problema, regresaban a sus campos y él a su mansión.

La mansión, la Regia, era la gran capilla de la ciudad, un lugar sagrado, pues los dioses de nuestra despensa y nuestros antepasados eran los lares y los penates de la ciudad y del pueblo. Los latinos acudían de todos los rincones del Lacio para venerarlos y ofrecerles sacrificios, así como para celebrar banquetes con el rey. La mansión se veía desde muy lejos, al acercarse por la campiña, erguida entre los elevados árboles, sobre las murallas, las torres y los tejados.

Las murallas de Laurentum eran altas y poderosas, porque no estaba construida en lo alto de una colina, como la mayoría de las ciudades, sino en las ricas llanuras que descendían lentamente hacia los lagos y el mar. A su alrededor, más allá del foso y del terraplén, se extendían campos de labranza y pastos en todas direcciones, y enfrente de la ciudad había una amplia llanura abierta donde se entrenaban los atletas y los hombres practicaban con sus caballos. Pero al cruzar las puertas de Laurentum, salías del sol y el viento para refugiarte en una sombra profunda y fragante. La ciudad era una gran arboleda, un bosque. Cada casa se elevaba entre robles, higueras, olmos, esbeltos álamos y grandes laureles. Las calles eran oscuras y estrechas y estaban tapi-

zadas de hojas. La más amplia de ellas conducía a la casa del rey, grande y majestuosa, sustentada por un centenar de columnas de madera de cedro.

Sobre una repisa, en cada pared del vestíbulo, había una hilera de imágenes, grabadas años antes por un exiliado etrusco como ofrenda para los reyes. Eran espíritus y antepasados –el Jano de dos caras, Saturno, Italo, Salbino, el abuelo Pico, que se convirtió en un pájaro carpintero de cresta roja pero cuya estatua, ataviada con una tiesa túnica tallada, permanecía sentada con la vara y el escudo sagrados en las manos–, una doble hilera de figuras graves talladas en cedro agrietado y ennegrecido. No eran muy grandes, pero sí las únicas representaciones con forma humana de todo Laurentum, con la excepción de los pequeños penates de arcilla, y a mí me llenaban de temor. A menudo cerraba los ojos al pasar corriendo entre aquellos rostros alargados y oscuros de ojos negros que no pestañeaban nunca, bajo las hachas y los yelmos empenachados y las jabalinas y los barrotes de puertas y las proas de barcos, trofeos de guerra clavados en lo alto de las paredes.

El corredor de las imágenes daba al atrio, una sala de techo bajo, grande y oscura, con un tejado abierto en el centro. A la izquierda se encontraban las salas del consejo y de los banquetes, en las que, de niña, yo entraba raramente, y más allá de ellas, los aposentos reales. Todavía más allá estaba el altar de Vesta, con las despensas abovedadas de ladrillo detrás. Yo tomaba el camino de la derecha, cruzaba corriendo la cocina y salía al gran patio central, donde había una fuente bajo el laurel que plantó mi padre cuando era joven, y donde crecían limoneros y dulces adelfas y matorrales de tomillo, orégano y estragón en grandes tiestos, y las mujeres trabajaban y charlaban e hilaban y tejían y lavaban jarras y cuencos en el pilón de la fuente. Yo corría entre ellas, pasaba bajo la columnata de los pilares de cedro y llegaba al ala de las mujeres, la mejor parte de la casa, mi hogar.

Si tenía cuidado y no llamaba la atención de mi madre, no tenía nada que temer. A veces, ya más cerca del final de mi adolescencia, me hablaba con cierta amabilidad. Y además había montones de mujeres que me querían, y mujeres que me adulaban, y la vieja Vestina, que me mimaba, y otras chicas con las que podía ser una chica, y niños con los que jugar. Y toda ella, tanto el ala de las mujeres como la de los hombres, era la casa de mi padre, y yo su hija.

Sin embargo, mi mejor amigo no era una chica de la Regia, nada de eso, sino la hija pequeña del vaquero Tirro, quien tenía a su cargo el ganado de mi familia además del suyo. Su granja, situada a poco menos de medio kilómetro de las puertas de la ciudad, era un sitio enorme, con muchas dependencias, la más grande de las cuales, de piedra y madera, se erguía como un viejo ganso gris en medio de una bandada de ocas. Entre las colinas bajas y tapizadas de robles se extendían, ya lejos de los huertos de la cocina, los corrales del ganado, las dehesas y los pastos. La granja era un lugar de incesante laboriosidad, en la que había gente trabajando todo el día. Pero a menos que la forja estuviera encendida y se oyera el tintineo del yunque o estuviesen estabulando a una docena de cabezas de ganado para castrar o para vender, reinaba en ella un profundo silencio. Los lejanos mugidos en los valles, el murmullo de las palomas matutinas y el rumor de los robledales cercanos a la casa conformaba una permanente y amortiguada manta de sonido en la que los demás ruidos se hundían y se perdían. Me encantaba aquella granja.

Silvia venía a veces a hacerme compañía a la Regia, pero las dos preferíamos estar en su casa. En verano yo acudía allí corriendo casi todos los días. Tita, una esclava dos años mayor que yo, me acompañaba como protectora en mi condición de princesa virgen, pero en cuanto llegábamos allí, se marchaba con sus amigas de la granja, y Silvia y yo nos alejábamos corriendo para subir a los árboles, represar el arro-

yo, jugar con los gatitos o coger renacuajos y vagabundear entre los bosques y las colinas, libres como gorriones.

Mi madre habría preferido que me quedara en casa.

–Pero ¿qué clase de compañías frecuenta? ¿Vaqueros?

Pero mi padre, que era rey de nacimiento, ignoraba sus remilgos.

–Deja que la niña corra y se haga fuerte. Son buena gente –decía. Y, de hecho, Tirro era un hombre fiable y competente, que dirigía sus pastos con mano tan firme como mi padre su reino. Poseía un temperamento explosivo, pero era justo con los suyos. Todos los días celebraba banquetes generosos, con la observancia y los sacrificios debidos a los espíritus locales y los lugares sagrados. Había luchado junto a mi padre en las antiguas guerras, tiempo atrás, y aún conservaba algo de guerrero. Pero con su hija era blando como la mantequilla caliente. La madre de Silvia había muerto poco después de su nacimiento y no tenía hermanos. Era el ojito derecho de su padre, de sus hermanos y de toda la gente de la casa. En muchos sentidos, era más princesa que yo. No debía pasar varias horas al día tejiendo y cosiendo, ni tampoco tenía deberes ceremoniales. Las viejas cocineras dirigían la cocina para ella, los viejos esclavos mantenían la casa limpia para ella, las chicas barrían el hogar y atizaban el fuego para ella. Tenía todo el tiempo del mundo para correr libre en las colinas y jugar con sus animalitos.

Poseía un don natural con las criaturas. Por la mañana, las pequeñas lechuzas acudían a su temblorosa llamada, hu-u-u, hi-i-i, y se posaban por un instante sobre su mano extendida. Había domesticado una cachorro de zorro, y cuando se convirtió en una raposa la dejó marchar, pero todos los años nos traía a sus crías para enseñárnoslas y las dejaba juguetear en la sombra que cubría la hierba, debajo de los robles. Silvia crió un cervatillo que sus hermanos habían capturado durante una cacería y a cuya madre habían dado muerte los sabuesos. Tendría once o doce años cuando trajeron a la pequeña cria-

turilla. La crió con ternura y consiguió que se convirtiera en un ciervo magnífico, tan manso y domesticado como un perro. Todas las mañanas salía trotando a los bosques, pero siempre regresaba a la hora de comer. Lo dejaban entrar en el comedor y comía de los cuencos. Silvia adoraba a su Cervulo. Lo lavaba, lo cepillaba y le decoraba la espléndida cornamenta con enredaderas en otoño y con guirnaldas de flores en primavera. Los ciervos macho pueden ser peligrosos, pero éste era dócil y tranquilo, demasiado confiado para su propio bien. Silvia le ataba siempre una banda de lino blanco alrededor de la cerviz como señal y así todos los cazadores de los bosques del Lacio lo reconocían. Hasta los sabuesos lo conocían, y como los habían reprendido y golpeado más de una vez por haberlo molestado, rara vez se atrevían a hacerlo.

Era maravilloso estar en las colinas y ver cómo un gran ciervo salía caminando tranquilamente del bosque, balanceando la corona de su cornamenta, se arrodillaba, ponía el morro en la mano de Silvia y, doblando sus largas y delicadas patas debajo del cuerpo, permanecía allí sentado mientras ella le acariciaba el cuello. Su olor era dulce, intenso y salvaje. Tenía ojos grandes, oscuros y tranquilos, como los de Silvia. Así eran las cosas en la era de Saturno, decía mi poeta, la edad de oro de aquellos primeros días, cuando no existía el miedo en el mundo. Silvia era como una hija de aquella edad. Estar con ella, sentadas en las laderas bañadas por el sol o correr a su lado por las veredas boscosas que tan bien conocía, eran los placeres de mi vida. No había nadie en aquel país de nuestra infancia que nos deseara mal alguno. Nuestros paganos, los pobladores de los predios, nos saludaban desde sus campos o desde la puerta de sus chozas redondas. El arisco apicultor nos guardaba un panal de miel, la lechera tenía siempre un poco de requesón para nosotras, los vaqueros hacían el tonto para divertirnos, montando en becerros o saltando sobre los cuernos de una vieja vaca, y el viejo pastor, Ino, nos enseñaba a hacer flautas con paja de avena.

A veces, en verano, cuando el largo día se aproximaba a la tarde y sabíamos que en cualquier momento tendríamos que volver a la granja, nos tendíamos de bruces sobre el suelo de la ladera, pegábamos la cara a la hierba reseca y áspera y a la tierra dura y grumosa y aspirábamos la infinitamente compleja fragancia, a heno dulce y suelo húmedo, de aquella cálida y estival tierra nuestra. En ese momento, las dos éramos hijas de Saturno. Entonces nos levantábamos de un salto y corríamos colina abajo en dirección a casa. ¡A ver quién llega antes al vado del ganado!

Cuando yo tenía quince años, el rey Turno vino de visita a la casa de mi padre. Era primo mío y sobrino de mi padre. Convaleciente su padre Dauno, le había entregado la corona de Rutulia el año antes, y nos habían llegado noticias sobre el esplendor de las ceremonias de su coronación en Ardea, la ciudad más próxima al sur del Lacio. Los rutulianos habían sido buenos aliados nuestros desde que Latino desposara a la hermana de Dauno, Amata, pero el joven Turno parecía tener la intención de seguir su propio camino. Cuando los etruscos de Caere expulsaron de la ciudad al tirano Mecencio, un salvaje para quien no existía nada sagrado, Turno lo acogió. Toda Etruria estaba furiosa con Turno por haber dado cobijo a un tirano que había abusado de su poder con tal crueldad que hasta los lares y los penates de su propia casa lo habían abandonado. Estos malos sentimientos eran preocupantes para nosotros, puesto que Caere se encontraba justo al otro lado del río. Las ciudades etruscas eran poderosas y nos convenía mantener buenas relaciones con ellas siempre que fuera posible.

Mi padre discutió el asunto conmigo mientras nos encaminábamos hacia el bosque sagrado de Albunea. Se encontraba al este de Laurentum, bajo las colinas, a un día de camino. Ya habíamos estado allí varias veces. Yo servía como acólita en los ritos mientras él rezaba a nuestros antepasados y a los poderes de los bosques y los manantiales. Durante

aquellas caminatas solitarias me hablaba como si fuera su heredera. Aunque no podía sucederlo en el trono, no había razón para que me mantuviera en la ignorancia en los asuntos de la política y del gobierno. A fin de cuentas, era casi seguro que me convertiría en la reina de alguna parte. Hasta puede que de Rutulia.

Él nunca hablaba de aquella posibilidad, pero las mujeres sí. Vestina estuvo segura de ello desde el mismo momento en que se enteró de la visita del rey Turno.

–¡Viene a por nuestra Lavinia! ¡Viene a cortejarla!

Mi madre la fulminó con la mirada desde el otro lado de la gran canasta de lana virgen que estábamos estirando. Estirar la lana, deshacer los nudos y enredos de vellón lavado para que se pudieran cardar las fibras, era la labor doméstica que más me gustaba. Es sencilla y se puede realizar a la perfección sin pensar. El vellón limpio tiene un olor dulce y la grasa de la lana te suaviza las manos, mientras que los nudos y las bolas forman una enorme, etérea y bonita nube que se eleva por encima de la cesta.

–Ya es suficiente –dijo mi madre–. Sólo los campesinos hablan de matrimonio para una muchacha tan joven.

–Dicen que es el hombre más apuesto de Italia –dijo Tita.

–Y que es capaz de montar un potro como nadie –dijo Picula.

–Y que tiene el pelo dorado –dijo Vestina.

–Tiene una hermana, Juturna, tan bella como él, pero que ha jurado no abandonar nunca el río –dijo Sabella.

–¡Menudo hatajo de cotorras estáis hechas! –exclamó mi madre.

–Lo habrás conocido cuando era niño, ¿verdad, mi reina? –preguntó Sicana, la favorita de mi madre.

–Sí, era un buen muchacho –respondió Amata–. Muy orgulloso de todo lo suyo. –Y esbozó una pequeña sonrisa, como hacía siempre que hablaba del hogar de su infancia.

Subí a la torre de guardia de la esquina sureste de la casa, sobre los aposentos reales, desde la que se divisaban las calles y lo que había más allá de las murallas y la puerta de la ciudad. Vi que los visitantes llegaban a las puertas y continuaban por la vía Regia, todos ellos a caballo, con los relucientes petos y los ondeantes penachos. Entonces bajé al atrio y esperé allí, con el resto de los habitantes de la casa, mientras mi padre daba la bienvenida a Turno. Tuve tiempo de examinarlo, a sus hombres y a su yelmo de penacho elevado. Era de una belleza espléndida, bien formado y musculoso, con un cabello rojizo y rizado, ojos azules y un porte orgulloso. Si tenía algún defecto físico, es que era un poco bajo para tener un pecho tan ancho y unos músculos tan poderosos, lo que hacía que sus andares fueran un poco pomposos. Su voz era profunda y clara.

Aquel día me convocaron para la cena en el gran salón. Mi madre y yo nos pusimos nuestras mejores túnicas mientras las mujeres chismorreaban a nuestro alrededor y trataban de peinarnos. Sicana sacó para mi madre el gran collar de oro y granates que Latino le había regalado el día de su boda, pero ella prefirió la gargantilla y los pendientes de plata y amatistas que su tío Dauno le entregara como regalo de despedida. Parecía alegre, radiante. Pensé que, como siempre, podría ocultarme tras ella, eclipsada y protegida por su imperiosa belleza.

Pero durante la cena, mientras Turno conversaba afablemente con mi padre y mi madre, me di cuenta de que me miraba. No de manera fija, sino de hito en hito, con una pequeña sonrisa en los labios. Me embargó un azoramiento que nunca había sentido. Sus penetrantes ojos azules empezaron a darme miedo. Cada vez que me atrevía a levantar los ojos, me lo encontraba mirándome.

Nunca me había parado a pensar en el amor y el matrimonio. ¿Qué tenía que pensar? Cuando llegara la hora de casarse, me casaría y descubriría lo que era el amor, la con-

cepción de los hijos y todo lo demás. Hasta entonces, era algo que no existía para mí. Silvia y yo podíamos bromear y burlarnos la una de la otra hablando del joven y guapo granjero que me lanzaba miradas o de su hermano mayor, Almo, que a veces nos hacía compañía para poder hablar conmigo, pero no eran más que palabras, no significaba nada. Ningún hombre de la casa, de la ciudad o del reino entero podía mirarme como Turno estaba mirándome. Mi reino era la virginidad y yo me sentía como en casa en ella, sin que nada me amenazara, segura. Ningún hombre había hecho que me ruborizara jamás.

Pero en aquel momento sentí que me ponía colorada desde las raíces de mis cabellos hasta el busto o las rodillas. La vergüenza me acobardó. No pude comer. El ejército invasor estaba en las murallas.

Sin duda, Turno reconocería en mí el retrato trazado por un poeta de una doncella silenciosa y asustada. Mi madre, a cuyo lado me había sentado, estaba perfectamente enterada de mi incomodidad, y no le desagradaba. Dejó que siguiera asustada y distrajo a Turno hablándole de Ardea. No sé si le hizo una seña a mi padre o fue decisión de él, pero en cuanto hubieron retirado los cuencos de la carne y el paje hubo arrojado la ofrenda al fuego, mientras los criados llegaban con los aguamaniles y las servilletas y rellenaban las copas de vino para la sobremesa, pidió a mi madre que me llevara a la cama.

–Vamos a quedarnos sin la flor de la fiesta –protestó graciosamente el monarca invitado.

–La niña tiene que dormir –dijo mi padre.

Turno levantó la copa –la copa de oro de Cures, con dos asas y una escena de caza grabada, parte de un botín de guerra obtenido por mi padre y la mejor pieza de nuestra vajilla– y dijo:

–Que tengas dulces sueños, la más hermosa de las hijas del padre Tíber.

Yo permanecí en el sitio, paralizada.

–Márchate –murmuró mi madre con algo parecido a una risa.

Me marché de allí lo más de prisa posible, descalza porque no quería parar ni para ponerme las sandalias. Oí la voz resonante de Turno detrás de mí, en el salón, pero no entendí lo que decía. Me pitaban los oídos. El aire de la noche en el patio fue como un chorro de agua fría sobre mi cara y mi cuerpo calenturientos que me hizo exhalar un jadeo y empezar a tiritar.

En los aposentos de las mujeres, como es natural, todas las chicas y las mujeres cayeron sobre mí y se dedicaron a decirme (o a decirse entre sí) lo glorioso y apuesto que era el joven rey, lo grande y fuerte que parecía, lo bien que le sentaban el yelmo, la enorme espada y el peto de reluciente bronce, con los que parecía un gigante en el salón. ¿Qué había dicho durante la cena? ¿Me gustaba? No pude responder. Vestina me ayudó a espantarlas diciendo que parecía tener fiebre y tenía que irme a la cama. Cuando por fin logré convencerla también a ella de que me dejara sola, pude permanecer tendida en mi pequeña y silenciosa alcoba y mirar a Turno.

Por descontado, era absurdo preguntar si me había gustado. A una joven que conoce a un hombre, un hombre guapo, un rey, un hombre que podría ser su primer pretendiente, no le gusta ni le disgusta. Su corazón late, su sangre fluye y lo ve, lo ve únicamente: puede que como un conejo ve al halcón o como la tierra ve el cielo. Yo vi a Turno como una ciudad ve a un espléndido visitante, a un capitán de ejércitos llegado a sus puertas. El hecho de que estuviera allí, de que hubiera venido, era maravilloso y terrible. Nada volvería a ser lo mismo. Pero no había necesidad, aún no, de abrir la puerta.

Turno permaneció varios días con nosotros, pero sólo volvimos a vernos una vez. La última noche solicitó mi presencia en la cena y me enviaron al banquete, pero no para

cenar con los invitados y visitantes, sino sólo a la sobremesa, para escuchar las canciones y disfrutar de las bailarinas. Me senté junto a mi madre y Turno volvió a mirarme sin hacer el menor esfuerzo por disimularlo. Sonreía. Su sonrisa era un destello agradable y rápido. Mientras miraba a las bailarinas, lo observé. Me fijé en el pequeño tamaño de sus orejas, en la bonita forma de su cabeza, en la fuerza y la rotundidad de su mandíbula. Puede que le saliera papada más adelante. Tenía una nuca agradable y despejada. Vi que se mostraba atento y respetuoso con mi padre, quien, sentado a su lado, parecía viejo.

Mi madre tenía diez o doce años más que su sobrino, pero aquella noche no los aparentaba. Le brillaban los ojos y se reía. Turno y ella se llevaban bien y se sentían cómodos en su mutua compañía. Hablaban con desenvoltura desde los dos lados de la mesa, y los demás invitados se les unían mientras mi padre escuchaba con benevolencia.

El día después de la marcha de Turno, mi padre nos hizo llamar a mi madre y a mí. Salimos a pasear bajo el pórtico, fuera de la sala de banquetes. Había despedido a toda la gente que normalmente lo rodeaba. Era un lluvioso día de primavera y se había puesto la toga, porque a medida que envejecía, cada vez acusaba más el frío. Anduvo a nuestro lado un rato en silencio y entonces dijo:

–Anoche, el rey de Rutulia intentó decirme que deseaba pedir tu mano, Lavinia. No lo dejé continuar. Le dije que aún no tienes la edad necesaria para empezar a hablar de cortejo y matrimonio. Quiso discutírmelo, por supuesto, pero no se lo permití. Le respondí que mi hija es demasiado joven.

Nos miró. Yo no sabía qué decir. Me volví hacia mi madre.

–¿No le ofreciste ninguna esperanza? –preguntó Amata, calmada y civilizada como siempre era con su marido.

–No le dije que siempre será demasiado joven –respondió mi padre a su suave y sarcástica manera.

–El rey Turno podría ofrecerle mucho a su prometida –repuso ella.

–En efecto. Hay buenas tierras allí. Y es un buen guerrero, según dicen. Su padre lo era, desde luego.

–Estoy segura de que es un guerrero valiente.

–Y rico.

Salimos del pórtico. La lluvia caía suavemente sobre el patio y las hojas de los limoneros se movían arriba y abajo. Bajo el gran laurel estaba aún bastante seco y una de las chicas de la casa estaba allí sentada, cantando una larga canción mientras tejía.

–Así que, si el muchacho vuelve otro año, ¿podrías tener otra respuesta para él? –preguntó mi madre a mi padre.

–Podría ser –respondió él con voz fría–. Si es que está dispuesto a esperar.

–¿Y tú, Lavinia?

–No lo sé –dije.

Mi padre me puso una mano en el hombro.

–No te preocupes por eso, querida mía –dijo–. Tienes tiempo de sobra para estas cosas.

–¿Y qué haríamos con Vesta? –dije, sin atreverme a añadir «si llegara a casarme».

–Bueno, habrá que pensar en eso. Elige una chica a la que puedas empezar a enseñarle los deberes.

–Maruna –respondí sin dudarlo.

–¿Una etrusca?

–Su madre es etrusca. La capturaste en una incursión al otro lado del río. Maruna creció aquí. Es muy pía. –Con esto yo quería decir muy responsable, respetuosa con el deber y susceptible al temor religioso. Mi padre me había enseñado el significado de la palabra y su valor.

–Bien. Llévala contigo cuando atiendas el fuego, limpies el hogar y prepares la sal sagrada. Que empiece a aprender todas esas cosas.

Mi madre no tenía nada que decir sobre este asunto. Es la

hija del rey la que mantiene el fuego encendido. Yo sabía que para mis padres era duro pensar que, todos los días, cuando nos sentábamos a cenar, el muchacho que alimentaba el fuego del altar con nuestra comida y pronunciaba la bendición no era un hijo suyo, como tendría que haber sido, sino un mero sirviente. Y ahora el cuidado del fuego y de las despensas debía recaer también en las manos de una sustituta, una esclava.

Mi padre exhaló un leve suspiro. Su mano, grande y cálida, seguía aún sobre mi hombro. Mi madre continuó caminando, impasible. Al volvernos hacia las columnas, dijo:

–Puede que no sea conveniente hacer esperar demasiado al joven rey.

–Un año, o dos. O tres –dijo Latino.

–Oh –repuso ella, con una mueca de desagrado e impaciencia–. ¡Tres años! ¡Es un hombre joven, Latino! Corre sangre caliente por sus venas.

–Razón de más para dar a nuestra niña tiempo para crecer.

Amata no discutió. Nunca lo hacía, pero se encogió de hombros.

En su gesto interpreté la falta de fe en que llegara alguna vez a crecer lo bastante como para estar a la altura de un hombre como Turno. Y, de hecho, yo misma me preguntaba cómo iba a poder hacerlo. Para desposarme con un hombre así tendría que haber sido generosa de pecho y majestuosa como mi madre, feroz como ella y ferozmente hermosa. Pero yo era menuda y flaca, morena y desgarbada. Era una chica, no una mujer. Puse la mano sobre la de mi padre y la dejé allí mientras caminábamos. Podía mirar los ojos azules de Turno en la oscuridad de mi cuarto, de noche, pero no quería pensar en abandonar mi casa.

La armadura de Eneas cuelga a la entrada de nuestra casa, aquí en Lavinium, como la espada y el peto de Turno lo hacían durante sus visitas a Laurentum. He visto a Eneas varias veces

con esta armadura, el yelmo, la coraza, las grebas, la espada larga y el escudo redondo, todos de bronce: resplandece como el mar deslumbra bajo el sol. Al ver su armadura allí colgada, una se da cuenta de lo grande y poderoso que es. No parece demasiado alto ni demasiado musculoso, porque las proporciones de su cuerpo son perfectas y se mueve con gracia y ligereza, consciente siempre de todo cuanto lo rodea, sin desplazarse a empujones, como hacen muchos hombres grandes y fuertes. Y sin embargo yo apenas puedo levantar la armadura que él lleva con tanta facilidad. Fue un regalo de su madre, quien la encargó para él a un señor del fuego, según me contó él mismo. Sí, el hombre que forjó y trabajó aquella armadura era el maestro de todos los herreros. No hay en todo el mundo occidental un trabajo tan bello como aquel escudo.

La superficie de las siete capas de bronce soldadas está cubierta de arriba abajo por un gran dibujo de figuras en relieve, delicadamente grabadas y resaltadas con incrustaciones de oro y plata. Hay aquí y allí algún leve arañazo o alguna abolladura de las batallas. A menudo me acerco y lo estudio. La imagen que más me gusta está en la parte superior izquierda, una loba que gira su esbelto cuello para lamer a sus cachorros, que no son lobeznos, sino bebés humanos, niños ávidamente prendidos de sus pezones. Otra que me gusta es una oca, toda de plata, que se yergue con el cuello estirado hacia arriba mientras lanza un graznido de alarma. Tras ella, unos hombres trepan por un acantilado; tienen el cabello rubio y ensortijado. Cada uno de ellos lleva alrededor del cuello un torque de oro retorcido.

No lejos de la loba hay figuras que he visto en nuestros festivales: unos sacerdotes saltarines, con sus escudos de dos lóbulos, y un par de niños lobo que corren desnudos, blandiendo sus palos de cuerno y riéndose a carcajadas. Pero la mayoría son hombres, hombres que luchan, interminables escenas de batallas, hombres despedazados, hombres destripados, puentes destruidos, murallas derribadas, matanzas.

Eneas no está en ninguna de las imágenes, y nada de lo que me contó el poeta sobre el asedio y la caída de su ciudad y sus viajes antes de llegar al Lacio resulta reconocible sobre el escudo.

–¿Son escenas de Troya? –le pregunto. Y él niega con la cabeza.

–No sé lo que son –dice–. Puede que sean escenas de lo que aún está por venir.

–Entonces lo que está por venir es guerra, sobre todo –respondo mientras busco entre las escenas alguna que no sea una batalla, algún rostro sin yelmo. Veo una violación en masa, un grupo de mujeres que chilla y se debate mientras los guerreros se las llevan a rastras. Veo grandes y preciosos barcos con hileras de remos, pero son todos ellos barcos de guerra y algunos están ardiendo. El fuego y el humo ascienden sobre las aguas.

–Es posible que sea el reino que heredarán los hijos de nuestros hijos –dice en voz muy baja. Eneas siempre habla en medio del silencio, rara vez durante mucho tiempo y normalmente en voz baja. Nunca es arisco, pero sí silencioso. Maneja las palabras como la espada, sólo cuando es necesario.

Ésta, la ciudad de las imágenes, es la Roma de mi poeta, entonces. Miro con más detenimiento el centro del escudo, la batalla naval. En la proa de una nave se encuentra un hombre de rostro hermoso y frío. El fuego ondea sobre su cabeza y un cometa pasa por encima de ella. Creo que es el hombre de la grandeza, el augusto.

Sigo mirando y veo cosas en las que nunca había reparado. La ciudad, o alguna otra gran ciudad, yace en ruinas, totalmente destruida e incendiada. Veo otra ciudad destruida, y luego otra. Unas hogueras enormes arden en hilera, una detrás de otra, envolviendo en llamas un país entero. Las enormes máquinas de guerra avanzan reptando por la tierra, o se hunden bajo el mar o vuelan por el aire. La tierra misma

se consume con negros y oleosos nubarrones. Una inmensa nube redonda de destrucción se alza sobre el mar en el fin del mundo. Sé que es el fin del mundo. Horrorizada, le digo a Eneas:

–¡Mira, mira!

Pero no puede ver lo que yo veo en el escudo. No vivirá para verlo. Tendrá que morir al cabo de sólo tres años, dejándome viuda. Sólo yo, quien conocí al poeta en los bosques de Albunea, puedo seguir mirando sobre el bronce del escudo de mi marido todas las guerras que no librará.

El poeta le dio una vida, una vida grande, así que debe morir. Yo, a quien el poeta dio tan poca vida, puedo seguir adelante. Puedo vivir y ver la nube que hay sobre el mar, en el fin del mundo.

Rompo a llorar y cojo a Eneas en mis brazos, y él me abraza delicadamente y me dice «no llores, corazón, no llores».

La casa del rey, en la que vivo, es una plaza dividida en cuatro partes. El gran laurel se encuentra en el cruce, el centro. Al despuntar el alba salgo de la casa y de la ciudad y me encamino a los campos del este.

Los pagos en los que vivimos los paganos siguen el mismo patrón de los campos de los granjeros, trazado por las veredas que discurren entre ellos. El cruce, donde se encuentran los cuatro campos, es la capilla de los lares, los espíritus del lugar de encuentro. La capilla tiene cuatro puertas y delante de cada una de ellas se encuentra el altar del campo de un granjero. Me detengo en una de las veredas que separan los campos y miro al cielo.

La casa del cielo no tiene límites, pero en mi mente le doy fronteras y la divido en cuatro partes. Yo me encuentro en el centro, el cruce, orientada hacia el sur, hacia Ardea. Contemplo el cielo vacío, hacia el que asciende lenta y fluidamente la luz. Llegan unos cuervos por la izquierda, des-

de las colinas del este, me sobrevuelan en círculos graznando y regresan hacia el amanecer que corona de fuego las colinas. Es un buen presagio, pero el alba roja augura un día de tormenta.

Tenía doce años la primera vez que acompañé a mi padre a Albunea, el bosque sagrado bajo la colina, donde los manantiales de azufre que discurren desde una caverna elevada inundan el aire con un incesante rumor atribulado y una neblina que apesta a huevos podridos. Allí, los espíritus de los muertos pueden oírte si los llamas. En los tiempos antiguos, la gente acudía a Albunea desde todas las tierras del oeste para consultar a los espíritus y a los poderes del lugar. Ahora, muchos prefieren ir al oráculo próximo a Tibur, que lleva el mismo nombre. Esta Albunea menor era sagrada para mi familia. Cuando algo perturbaba la mente de mi padre, acudía allí. En aquella ocasión me dijo:

–Ponte la túnica sagrada, hija, y ven a ayudarme con el sacrificio.

En casa ya había sido su ayudante muchas veces, como es deber de los hijos, pero nunca había estado en los manantiales sagrados. Me puse la toga de reborde rojo y cogí una bolsa de grano en salazón de las despensas que había detrás de Vesta. Marchamos durante varios kilómetros por sendas que discurrían por campos y pastos conocidos y luego llegamos a una región que no había visto nunca, más salvaje, donde las colinas boscosas se cernían sobre nosotros desde los dos lados. Al llegar a un pequeño arroyo, continuamos por la ribera norte de su rocoso cauce. Era el Prati, me explicó mi padre, y luego me habló de los ríos del Lacio: el Lentulus de Laurentum, el Harenosus, el Prati, el Stagnulus y el sagrado Numicus, que se alza sobre la montaña Alba y conforma nuestra frontera con Rutulia.

Llevaba el sacrificio, un cordero de dos semanas. Está-

bamos en abril. Los matorrales estaban en flor, rebosantes de vida, y los robles de las laderas de las colinas exhibían sus largas, delicadas y reticentes flores de color verde y bronce. Ante nosotros, los bosques ascendían y ascendían en dirección a la cima del monte Alba, y a nuestra izquierda se extendía una floresta erizada de picachos, como un nubarrón oscuro. Nos adentramos entre los árboles. El bosque era oscuro y en su interior sólo se oían unas pocas aves, a diferencia del monte bajo y los campos de antes, rebosantes de cantos. Mi olfato percibió el olor del manantial cercano, pero no pude ver los vapores y el rumor del agua sólo se oía de forma tenue, un siseo como el que emite una olla cuando hierve el agua que contiene.

El santuario era un claro tapizado de hierba en lo profundo del bosque, delimitado por un tosco murete de roca de forma más o menos cuadrada y no más alto que mis rodillas. En su interior, la sensación del *numen,* la presencia y el poder de lo sagrado, era fuerte y extraña. En el interior del murete, el suelo estaba cubierto de vellones hechos jirones y medio descompuestos. Había un pequeño altar de roca. Mi padre arrancó un pedazo de tierra cubierta de hierba del exterior del murete y la dejó sobre él. Nos cubrimos la cabeza con el borde de la túnica. Encendió el fuego. Yo hice una guirnalda de hojas jóvenes de laurel y engalané al cordero con ella. Lo rocié con el grano salado de la bolsa y lo sostuve en alto mientras mi padre rezaba. El cordero era dócil y valiente, un noble sacrificio. A su manera, también tenía piedad. Lo sujeté mientras mi padre le rebanaba la garganta con su gran cuchillo de bronce y ofrecía su vida a unos poderes que no conocemos, con miedo y gratitud y con la esperanza de estar en paz con ellos. Inmolamos las entrañas en el altar para alimentar los poderes de los espíritus. Asamos las costillas y nos las comimos; no habíamos tomado nada desde el mediodía del día anterior. Luego envolví el resto de la carne para llevárnosla a casa. Mi padre

desolló el cuerpo y dejó la piel sobre el suelo, con la lana hacia arriba, recogió los restos de las demás pieles y las extendió por el lugar. Estaban mojadas por las lluvias caídas un par de días antes y apestaban a podredumbre y moho, pero así son las camas en Albunea.

Para entonces había oscurecido bastante. El rojo del sol había desaparecido de los espacios entre los árboles y el cielo, entre el ramaje, y empezaba a oscurecer. Nos tendimos sobre las pieles de oveja, con el vellón de nuestro cordero bajo la cabeza.

No sé si el poder de Albunea acudió a mi padre aquella noche, pero sí que lo hizo conmigo, no como una voz entre los árboles, como les ha ocurrido a otros, sino como un sueño, o lo que a mí me pareció un sueño. En él, me encontraba junto a río, el Numicus. Estaba en un vado, sola, observando cómo discurrían las aguas claras entre las rocas. Vi una hebra de color en la corriente, una veta rojiza. La veta se hizo más densa y turbia y se transformó en una nube de color rojo que se alejó flotando corriente abajo hasta desaparecer. El peso de una congoja aplastante recayó entonces sobre mi corazón y mis rodillas cedieron. Me arrodillé sollozando entre las rocas. Al cabo de un tiempo volví a levantarme y caminé corriente arriba hasta llegar a una ciudad. Sus murallas eran de tierra fresca. Yo seguía llorando y me cubría la cabeza y la cara con el borde de la túnica, pero sabía que la ciudad era mi hogar. Entonces, en el sueño, volví a aparecer en el bosque de Albunea, aún sola. Esta vez crucé el claro del altar y llegué al manantial. No pude acercarme a la cueva. El burbujeante siseo era muy fuerte allí y alrededor de la boca de la caverna, por todas partes, había cenagales y charcos poco profundos. Una neblina azulada y pestilente flotaba sobre el agua y el suelo. Oí a un pájaro carpintero entre los árboles, el golpeteo de su pico contra un tronco, y su canto, parecido a una ronca carcajada, antes de que apareciera volando. Me aparté y me cubrí la cabeza con la túnica, asustada, pero no me atacó.

Su cabeza de color escarlata pasó como un destello fugaz ante mí. Batió sus alas ante mis ojos dos veces, muy suavemente, como el roce del más fino de los velos. Luego se alejó riendo. Al levantar la mirada, vi que no estaba oscuro entre los árboles. El bosque estaba bañado por una luz estática que no proyectaba sombras, y tanto el agua como la neblina que despedía el manantial eran luminosas.

Entonces desperté y vi la misma luz en el claro, durante un rato, antes de que el amanecer se la llevara.

Antes de marcharme, me acerqué al manantial y descubrí que era tal como lo había visto en mi sueño, aunque cubierto de sombras.

Mi padre estaba en silencio cuando iniciamos el viaje de regreso a casa. Al salir del bosque miré hacia el sur y me imaginé el curso del Numicus, el vado y el lugar donde había visto la ciudad en mi sueño.

–Anoche, mientras dormía, el abuelo Picus acudió a mí, padre –le dije, y le conté lo que había visto.

Me escuchó sin decir nada.

–Es un abuelo poderoso –dijo al fin.

–Me golpeó en la cabeza cuando tuve las fiebres. Grité de dolor.

–Pero esta vez te ha tocado los ojos con las alas.

Asentí. Seguimos caminando un rato.

–Albunea es parte de su regalo –dijo Latino–. Suyo y de los demás poderes del bosque. Te ha dado su libertad, hija. Te ha abierto los ojos para que puedas ver.

–¿Puedo volver contigo alguna vez?

–Puedes venir cuando quieras, creo.

Si mi hija hubiese vivido, nunca podría haber corrido tranquila y feliz por los campos que rodeaban nuestras tierras ni por las laderas de las colinas de las tierras de pasto, como hacía yo. Cuando mi hijo era aún un niño, los bosques eran